

EDITORIAL

Fricción y ruptura

La tierra como sinónimo de seguridad y estabilidad. El cielo puede caer sobre nuestras cabezas, lo único que temían aquellos galos irreductibles del famoso cómic. Pero la tierra no se mueve bajo nuestros pies. Es posible que sufra incendios, inundaciones repentinas que la devasten, pero nunca la rompen, sólo la transforman. La catástrofe se reserva para el ser humano.

Sin embargo, no es cierto que la tierra sea estable y segura. Bajo su fina capa, en la que transcurre nuestra existencia, flotando sobre el magma, 15 placas mayores y 42 menores, base de océanos y continentes, pugnan en un movimiento continuo. La inmensa energía, una energía de fricción, que esta pugna genera, moldea la superficie terrestre cuando dos de estas placas chocan o se deslizan una sobre otra.

Las grandes montañas de nuestra península son fruto de estas fricciones: La inmensidad de los Picos de Europa o de Sierra Nevada, la profundidad azul del Mar de Alborán, así lo atestiguan. Recientemente, este verano, en el sudeste peninsular, en otros lugares del mundo, series de terremotos nos recuerdan que la tierra se puede hundir bajo nuestros pies y nosotros con ella, junto a los escombros de aquello que construimos y que creímos sólido.

Valga esta alusión a la vieja y tenaz ciencia de la geología como metáfora de la vida de las organizaciones y, sobre todo, de los colectivos humanos. Éstos parecen estables y seguros para quienes los integran, lo parecen cuando a ellos se accede y en ellos se convive, pero en realidad su seno esconde un potencial de fricciones que en cualquier momento disparan la energía interna hacia la ruptura.

Los síntomas son claros. Cuando una acción persigue un determinado interés general positivo para un colectivo y, sin embargo, entra en conflicto con intereses particulares que podrían verse afectados, incluso ante la mera posibilidad de que así ocurra, pueden surgir fricciones que adquieren con rapidez una intensidad considerable, entonces el potencial de fricciones se materializa, con extraña rapidez, en terremotos.

Es entonces, cuando quienes integran el colectivo y quienes trabajan para él, saben que lo que parecía sólido, flotaba sobre el magma. Esta lección nos lo ha recordado. No es la primera vez, ni será la última, habrá que trabajar en la reconstrucción, con comunicación y pedagogía.

Mientras, nos congratula traer a nuestras páginas en la entrevista un ejemplo contrario a lo descrito. El testimonio de quien entiende la profesión lejos de particularismos y sin fragmentación, Valentín Merino Estrada. Añadimos nuestras secciones habituales. El próximo será el número Monográfico del presente año, titulado *"Del cumplimiento normativo a una verdadera cultura de integridad en las Administraciones Públicas"*, con artículos de la mano de las personas más autorizadas en la materia.